

confirió á D. Isidro Atondo por cédula de 29 de diciembre de 1679, bajo cuyas órdenes se equiparon en el puerto de Chacala, la capitana almiranta, y una balandra que á fines del año de 1682 estaban ya en estado de navegar. Por la misma real cédula se encomendaba á la Compañía de Jesus la conversion y administracion espiritual de aquella gentilidad. Aceptada esta propuesta por el padre provincial Bernardo Parto, se señalaron tres padres de los que trabajaban en las misiones vecinas de Sonora y Sinaloa. Iba de superior de la mision el padre Francisco Eusebio Kino, que por su habilidad en las matemáticas, hacia tambien officio de cosmógrafo mayor, para la demarcacion

derechos. Este amor circula con nuestra sangre y está en la médula de los huesos partiendo del corazon, y lo anima tanto al clérigo como al secular, al noble como al plebeyo. Bien lo conocian los españoles; mas para ellos era un crimen porque temian perder el señorío de la tierra.)

El lunes 30 se recibió correo de Veracruz que avisaba que el enemigo instaba por el rescate pedido. Que Lorencillo habia reñido con el general Agramont, y que ofrecia al virey entregar lo robado con algunas condiciones. (A tanto habia llegado su atrevimiento!)

SALIDA DEL VIREY A VERACRUZ.

El 17 de julio á las tres de la tarde salió este gefe para Veracruz por la calle del Relox, acompañado de la real audiencia y durmió en S. Juan Teotihuacan.

El 19 se tuvo noticia de haber salido seis embarcaciones de Veracruz con seiscientos hombres para Goazacoalcos en demanda de los piratas; pero regresó por un temporal. El dia 29 llegó el virey á Veracruz.

El 16 de agosto se avisó de Veracruz que el virey, conde de la Laguna, con dictámen de asesor, condenó al gobernador á ser degollado por la entrada de los piratas; mas apeló de la sentencia, y se le mandó á España en la flota, bajo partida de registro. La flota salió de Veracruz el 8 de setiembre, y á las veinticuatro horas regresó de arribada por un fuerte temporal. El 11 de setiembre regresó el virey á las cuatro de la tarde á México, estando fuera de esta capital cincuenta y cinco dias, y luego fué á cumplimentarlo por su llegada el arzobispo.

He aquí el modo con que los vireyes cuidaban de esta colonia. Si la misma eficacia hubiera tenido el presidente Bustamante, la defensa de Ulúa habria sido mas sostenida y honrosa, y la paz con los franceses habria sido mas decorosa y ventajosa para la nacion.

En el libro antiquísimo de entierros de negros y mulatos de Veracruz, que hube á las manos por una casualidad, existe una relacion muy circunstanciada de esta invasion, la que yo hice imprimir en el Juguetillo núm. 9 en aquella ciudad el año de 1821. Entónces casi se habia allí perdido la memoria de este suceso y los documentos en que se referia por haberse quemado el archivo, la parroquia estaba donde es ahora la iglesia de nuestra Señora de la Merced, templo magnífico.

de los puertos. Acompañábanle los padres Juan Bautista Copart y padre Matias Gogni, aunque no fueron juntos todos en este primer viaje. La historia manuscrita del padre Miguel Venegas, y las noticias de California, que de ella estrajo un jesuita europeo, fijan la partida de los dos navíos del puerto de Chacala á los 18 de marzo; mas no fué en realidad sino en 17 de enero, como probaremos bien presto con un documento auténtico. Escriben tambien haberse embarcado los tres padres Kino, Copart y Gogni en esta misma ocasion; pero en lo que mira al padre Copart, sin duda se engañaron. El padre Kino en un menudísimo diario que se conserva de su mano, solo hace mencion del padre Gogni. El auto de la toma de posesion que insertaremos luego á la letra, tampoco le nombra. Por otra parte, si el padre Juan Bautista Copart hubiera entrado en esta ocasion, no es verosímil que fuese de superior el padre Kino, que aun no era profeso y que el año siguiente de 84, hizo su profesion en manos del mismo Copart el dia 15 de agosto, como consta de su diario. Este hemos dicho porque no parezca ligereza ó falta de reflexion apartarnos, aunque sea en estas menudencias de una obra que acaba de salir con crédito, y despreciar la autoridad del padre Miguel Venegas, hombre laboriosísimo, y á cuya diligencia debe la provincia grandes luces en este y otros asuntos.

Aunque es bien corta la travesía de Chacala al puerto de la Paz, las corrientes aun no conocidas, la irregularidad de los vientos, no acabado aun el invierno, el ser nuevos los barcos y visóna la mayor parte de la tripulacion, detuvieron por dos meses y medio el viage de pocos dias. A 1.º de abril dieron fondo en el puerto de la Paz, y á 5 del mismo, no habiendo descubierto en todo este tiempo indio alguno del pais, se procedió á tomar posesion de él á nombre del rey católico con las solemnidades que expresa el siguiente documento. „En el puerto que llaman de la Paz, reino de California, en cinco dias del mes de abril de 1683 años, el Sr. almirante D. Isidro de Atondo y Antillon, cabo superior de la armada real, que está surta en este puerto, y de este dicho reino por S. M., dijo: Que jueves que se contó primero de dicho mes, fué Dios servido de que se llegase á dar fondo en este dicho puerto con la capitana nombrada la limpia Concepcion, y la almiranta nombrada S. José y S. Francisco Javier, habiendo salido del puerto de Chacala á 17 de enero pasado de este presente año, y siendo tan corta la travesía, se dilató tanto el viage por ser los vientos y corrientes contrarias, que obligaron á tanta dilacion, y que en 2 de abril, su merced,

Entrada en el pais y solemne posesion.

Toma de posesion.

en compañía de los MM. RR. PP. Francisco Eusebio Kino y Pedro Matias Gogni, de la sagrada Compañía de Jesus, y Fr. José Guijosa, religioso profeso de S. Juan de Dios, y de los capitanes de mar y guerra D. Francisco de Pereda y Arce, D. Blas de Guzmán y Córdoba, alférez Martin de Verástegui, y veinticuatro soldados, todos con sus armas saltaron en tierra, dieron gracias á Dios y hallaron un poco de agua dulce, que por orden de dicho Sr. almirante se abondó y alegró, de modo que mana agua bastante para la gente, y un palmar que tendrá como hasta doscientas, de las cuales dicho Sr. almirante mandó cortar una y que se labrase de ella una santa cruz, y se pusiese sobre un cerrito como á un tiro de arcabuz de la orilla del mar, como en efecto se puso, por parecer tierra habitable. Y en virtud de la facultad que la santa sede apostólica tiene concedida á los católicos monarcas para que puedan agregar á su real corona y conquistar y adquirir las provincias bárbaras y gentiles del Occidente en la América, y sus vasallos en su real nombre tomar posesion de ellas; y habiendo prevenido la infantería, saltó su merced en tierra el dia 5 de abril con toda la gente arriba mencionada; toda la infantería y el alférez Martin de Verástegui, traia en la mano un estandarte carmesí con la imágen de nuestra Señora de los Remedios por un lado, y por el otro las armas reales de S. M., que Dios guarde; y estando dichos capitanes y toda la infantería con las armas, y dicho alférez con el estandarte en la mano, á la seña que dicho Sr. almirante hizo, dispararon la arcabuceria, y dicho alférez tremoló tres veces el estandarte, diciendo y repitiendo todos: *Viva D. Carlos II, monarca de las Españas, nuestro rey y señor natural!!* . . . En cuyo real nombre dicho Sr. almirante, tomó posesion de este reino, que intituló y nombró la provincia de la *Santísima Trinidad de las Californias*, para que con su infinito poder ayude á que se asiente en dichas provincias la santa fé católica. Y en seña de todo lo referido, dispuso dicho Sr. almirante se pusiese dicho estandarte á la sombra de una palma, y allí se plantase el cuerpo de guardia, nombrando á este parage *Nuestra Señora de la Paz*. Y para que conste á S. M. y al Exmo. Sr. virey y capitan general, en el nombre del rey y por la obligacion que tiene de dar cuenta de las facciones y diligencias que fuere obrando en esta dicha provincia, mandó al presente escribano hiciere este auto, inserto testimonio de todo lo arriba mencionado, como con efecto. E yo, dicho escribano, doy fé y certifico que pasó como queda referido: y para que siempre conste lo firmó dicho Sr.

almirante con dichos reverendos padres, capitanes y demas que se hallaron presentes á este acto, fecho en el puerto de la Paz á 5 de abril de 1683 años.—*D. Isidro de Atondo y Antillon.—Eusebio Francisco Kino.—Pedro Matias Gogni*, de la Compañía de Jesus.—*Fr. José Guijosa*, de N. P. S. Juan de Dios.—*Martin Verástegui.—D. Francisco Pereda y Arce.—D. Blas Guzmán y Córdoba.—D. Lorenzo Fernandez Lazcano.—Ante mí.—Diego de Salas*, escribano real.

Hecha esta demostracion, se procedió á fortificar el Real, y en este tiempo se descubrieron algunos indios armados, y pintado el cuerpo de colores, costumbre que tienen para hacerse mas temibles en la guerra. No parecian estar muy contentos de sus nuevos huéspedes; sin embargo, acariciados de los padres con algunas cosas comestibles, vinieron hasta el Real, y entraron sin recelo entre los españoles. Esta docilidad empeñó al almirante en hacer algunas entradas por la tierra. La primera fué al Sureste á las rancherías de los guaicuros, que no se dieron por muy obligados de la visita; ántes escondieron sus hijuelos, negaron el aguaje, y con astucia mandaron algunos de los suyos á ver si quedaban mas españoles en el Real verosíblemente para acometer á los que habian avanzado hasta sus tierras. La segunda fué al Este, á la nacion de los coras, nacion mansa y sencilla, cuya amistad valió mucho despues á los españoles. Habiendo faltado del Real un grumete, se imaginó al principio y aun se afirmó despues que los guaicuros lo habian muerto. Fuera del descontento que mostraba esta nacion, habia precedido tambien que dia 6 de junio habian tenido algunas cuadrillas el atrevimiento de acometer el Real. El almirante creyó fácilmente á los guaicuros autores del homicidio, y para castigarlos hizo prender á su capitan. Esta resolucion le costó muy caro. Los indios, no pudiendo obtener con ruegos su libertad, pasaron á las amenazas. Procuraron traer á su partido á los coras, aunque sus antiguos enemigos, y formar un cuerpo contra los invasores de su libertad. Los coras, por un intérprete, avisaron fielmente al almirante de los designios de los guaicuros. Para prevenirlos, se mandó poner un pedrero ácia la parte por donde solian bajar los salvages, que en número de quince ó veinte se dejaron ver armados el dia 1.º de julio, y en ademán de provocar á los españoles á salir de sus trincheras. Con este designio iban muy lentamente acercándose, euando disparado el pedrero, hirió y mató algunos, é hizo retirar con precipitacion á los demas. Sin embargo de esta pequeña victoria, se hallaba en grande consternacion el

Diversas entradas y desmayo de los soldados.

almirante por haber reconocido en sus gentes un caimiento y cobardía, que ni sus palabras y ejemplo, ni las razones todas de los misioneros jamás pudieron animar. Ya les parecía que morian todos de hambre y miseria en una tierra incógnita, ó que venian sobre ellos todas las naciones de Californias; tanto, que sin atencion alguna á su edad y á su profesion, lloraban como unos niños y pedian á voces que los sacasen de allí, aunque hubiesen de arrojarlos en una isla desierta. La derrota de los guaicuros no hizo sino fortificar estos imaginarios temores. Añadíanse nuevos motivos de disgusto por la escasez y corrupcion de los alimentos; ni parecia la balandra que debia seguirlos, ni volvia la capitana que desde el mes de mayo se habia enviado por bastimentos en la embocadura del Yaqui. Hubo de ceder el almirante al tiempo y desamparar la California el dia 14 de julio. Sobre el cabo de S. Lucas se le juntó la capitana que volvia de Yaqui, donde habia arribado dos ó tres veces. Juntas las dos naos, siguieron el rumbo de Sinaloa, en que se reforzaron hasta fines de setiembre que volvieron á hacerse á la vela.

Segunda entrada y diligencia de los padres.

El dia de S. Bruno, 6 de octubre, despues de ocho dias de navegacion, llegaron á una ensenada, á que dió nombre la festividad del dia. Internáronse luego el almirante y los padres en la tierra, poco ménos de una legua hasta un buen aguaje en que á poco mas de dos horas comenzaron á venir muchos indios, todos tan mansos y tan amigos, como si hubiesen nacido entre españoles. Se eligió un alto cómodo para fortificar el Real, que ayudando los indios espontáneamente á la conduccion de los materiales se concluyó enteramente para el dia 28 de octubre en que se pasaron á la nueva habitacion, como refiere en su citado diario el mismo padre Kino.

La noche del 16 habia salido la almiranta á cargo del capitán D. Francisco Pereda y Arce con cartas para el Sr. virey, y en pretension de dinero y soldados. Cuatro dias despues salió tambien la capitana para el rio Yaqui en busca de bastimentos; pasó la travesía, y justamente al mes, en 20 de noviembre, volvió en treinta horas cargada de todo género de alimentos, y de muchas cabras, mulas y caballos que habia pedido el almirante. Entre tanto, cada dia venian al Real nuevos indios, y muchos se quedaban allí á dormir con suma apacibilidad y grande consuelo de los padres. Servíanse de ellos para ir aprendiendo su idioma. Observaron dos distintos: el uno de los *edues*, nacion muy numerosa, y otro de los *didius*, sus palabras no eran de muy difi-

cil pronunciacion; pero carecian enteramente de la f y s, aunque la pronunciaban muy bien los indios en las palabras que aprendian castellanas. Supieron que habia otra tercera nacion de los *noes*, enemigos comunes de los *edues* y *didius*. El dia 9 de noviembre se colocó en la pequeña iglesia, que se habia acabado poco ántes una imágen muy devota de Jesus crucificado de estatura regular. Se observó entre los naturales mucha admiracion y grande miedo á vista de este espectáculo. No osaban mirarlo, ni hablar á los españoles. Mirábanse unos á otros, y se preguntaban muy en secreto: ¿Quién era aquel? ¿Quiénes, cuándo y dónde le habian muerto? Quizá será (decian) alguno de sus enemigos que mataron en la guerra. Gente muy cruel es esta que así trata á los otros. Los padres tomaron de aquí ocasion para darles á entender que aquel Señor habia bajado del cielo, y que habia muerto así por ellos: que no era enemigo de los españoles sino su amo y Padre de todos: que estaba en el cielo y que allá habian de ir con él. Así comenzaban lentamente á inspirarles las máximas y misterios del Evangelio; pero tropezaban á cada paso en la falta de las voces; no hallándolas para decir que Jesucristo resucitó, les sugirió su celo esta industria. En presencia de los indios ahogaron algunas moscas, y echándolas en poca ceniza, pusieronlas luego al sol, con lo cual comenzaron á moverse: los indios admirados gritaron muchas veces: *¡Ibimuhueite, ibimuhueite!*... Escribieron esta diction á los padres, y les sirvió entre tanto para esplicar aquel esencial artículo. En 1.º y 21 de diciembre se hicieron algunas entradas al Poniente y al Mediodia del Real; se descubrian aguajes y rancherías que desamparaban á vista de una gente incógnita, aunque acariados, seguian despues hasta el Real, con admirable mansedumbre.

Esto ocurría en Californias. Entre tanto, en el obispado de Michoacán, corrian en mision los lugares mas distantes hasta la costa del mar al Sur los fervorosos padres Manuel de Alcalá y Francisco de Almazan. Fué muy particular la conmocion y el fruto en la villa de Colima. Ayudó mucho el celo y el ejemplo del vicario y juez eclesiástico de aquel partido D. Francisco Félix Mercado, y la piedad edificativa de los religiosos de S. Francisco, la Merced y S. Juan de Dios, que asistian personalmente á las procesiones de doctrina cristiana por las calles, á las pláticas y actos de contricion para animar al pueblo. A los dos misioneros se agregó, llevado solamente de su fervor y de la estimacion que hacia de nuestros ministerios el R. P. Fr. José de Je-

Mision en Michoacán.

sus María, prior de los carmelitas, que predicó el primer sermón en la parroquial, y despues algunos otros. Al segundo dia de la mision, era tan crecido el número de penitentes, que confesando cuasi sin intermision dichos tres padres con el beneficiado, sus vicarios y algunos otros sacerdotes, estuvo llena la iglesia desde muy de mañana hasta las cinco y media de la tarde en que fué preciso interrumpir con el sermón. Esta alternativa de confesonario y púlpito, era todo el ejercicio del dia en los diez que duró la mision. Fueron muchas las personas que á la fuerza del dolor rasgaban públicamente en la iglesia sus vestidos profanos, muchas las que santamente enfurecidas contra sí mismas se dieron en el rostro golpes tan fieros, que en algunos dias no pudieron parecer en público. Hubo sugeto de alguna distincion que al salir de la iglesia cayó desmayado, y vuelto en sí, fué necesario confesarlo y darle la Extremauncion. Las enemistades que se computieron pidiéndose las partes perdon á la presencia de Cristo crucificado, los matrimonios de personas mal amistadas, las confesiones generales y demas fruto que sigue siempre á este ministerio, fué muy especial en Colima. Raro era el sermón á que no seguian algunos casamientos, á que junto con el fervor del pueblo contribuia el piadoso desinterés del vicario que habia cedido en este punto de todos sus derechos parroquiales. Lo dicho consta por certificacion autorizada del notario Juan de Castellanos, fecha en 7 de abril de este año, por mandado del mismo vicario y juez eclesiástico para remitirla á su Illmo. prelado y al padre provincial, dando á uno y otro las gracias por el bien que hacian á su rebaño.

1684.  
Proteccion  
del Sr. obispo  
de Chiapas y  
principio de  
aquellos estudios.

La nueva residencia de Ciudad Real habia recibido muy considerable fomento con la proteccion del Illmo. Sr. D. Fr. Francisco Nuñez de la Vega, del orden de predicadores, dignísimo obispo de aquella diócesis. Habia este prelado estudiado en la Compañía de Jesus los primeros rudimentos de la gramática, y conservado desde sus tiernos años un afecto muy particular á N. P. S. Ignacio. Mostraba un grande aprecio (ó como él decia) agradecimiento á las públicas demostraciones y desacostumbradas con que los jesuitas de Sta. Fé, en el reino de Nueva-Granada, habian celebrado su promoción al provincialato de su orden, repicando las campanas, y dedicándole actos literarios. Le acabó de grangear la voluntad el afable y religioso trato del padre Francisco Perez, rector de aquella residencia, y del padre Ignacio Guerrero. El padre Perez para comenzar el estudio del año siguiente, y para obsequiar tambien al Illmo. con lo que sabia ser tan de su

agrado, quiso que hubiese el dia de S. Lucas una oracion latina. El maestro de gramática era el mismo rector, que se encargó consiguiientemente del *ynicio*. † El padre Perez, desde la cátedra le suplicó modestamente se dignase de cualquiera de aquellos libros señalarle texto que diese materia á su oracion, para la cual nada llevaba prevenido sino el buen deseo de agradecer aquella honra á su señoría; asunto en que jamás podrian faltarles voces. Añadió que hablaria aquel rato en prosa ó verso latino como fuese su voluntad. En cualquiera otro sugeto que no fuera el padre Francisco Perez, maestro de humanidades muchos años en la provincia de Aragon, y luego en esta, versadísimo en prosa y verso griego y latino, hubiera sido temeraria y llena de ostentacion semejante propuesta; tal le pareció á uno de los sugetos que acompañaban al ilustrísimo, y que rehusando este señalar algun punto, dijo con voz bastantemente perceptible: . . . *Vanitas vanitatum*. No fué menester mas para que el padre tomando por tema sério lo que se dijo por irriçion mostrase en un estilo terso, noble y fluido, cuanta era la vanidad de las humanas ciencias sin un grande fondo de virtud. Que poco habian aprovechado á Ciceron, á Virgilio, y los demas sábios de la antigüedad sus letras, su fama, sus aplausos y sus riquezas. Pasó de allí á demostrar el modo con que la Compañía de Jesus pretende de sus estudiantes aun mas que el aprovechamiento en las facultades, la santidad de las costumbres y la perfeccion de la vida cristiana. Pusó por testigo al mismo prelado dignísimo que le oia y que habia honrado nuestras escuelas. Procedió de aquí á las alabanzas de su persona como á una nueva prueba de su asunto, y acabó dejándolos á todos llenos de admiracion y de un altísimo concepto de su erudicion y elocuencia. Mucho mas se confirmó el Sr. obispo en esta sublime idea con el caso siguiente. Yendo pocos dias despues el mismo padre con un hermano coadjutor á visitarlo, le hallaron en compañía de unos prebendados y religiosos muy affigido por no haberse podido leer un breve, que poco ántes habia recibido de su Santidad, á causa de las abreviaturas y letra italiana en que estaba el original. El padre, con grande serenidad, vuelto á su compañero: . . . *Tóme, hermano, le dijo, y tras-*

† Así llamaban la oracion de apertura de estudios en que exhortaban á la juventud al amor de la sabiduría. Los jesuitas poseyeron las humanidades con perfeccion, cuyo estudio en los autores clásicos del siglo de oro, hoy está abandonado; el latin puro des era familiar.—EE.

*lude ese breve en letra inteligible.* Los circunstantes y aun el mismo Sr. obispo, dudaron si se burlaba; pero se desengañaron bien presto viendo al hermano Francisco de Leon leer corrientemente el breve y traerlo luego trasladado de su bellísima letra. La admiracion del Sr. obispo fué grande, y tanta, que escribiendo pocos dias despues al romano Pontífice, no pudo ménos que prorrumpir en extraordinarias alabanzas de la Compañía, que pondriamos aquí á la letra, si no fueran siempre odiosas las comparaciones.

Gloriosos trabajos del padre Salvatierra.

En este medio tiempo á la mision de guazaparis, habia añadido el padre Juan María Salvatierra una nueva cristiandad en el pueblo de S. Francisco Javier de Jerocaví. Este hombre infatigable sin perdonar trabajo hacia una guerra continúa á los pocos restos de gentilidad que habian quedado ya en ochenta leguas en contorno de la villa de Sinaloa. En el pliego de gobierno que habia venido á fines del año antecedente de provincial el padre Luis de Castro, habia venido juntamente destinado al gobierno de no sé cual de los colegios el padre Salvatierra; ocasion con que al principio de este año hubo de pasar á México. El sentimiento y tristeza inconsolable que mostraban sus neófitos, y mas que todo, la humildad del mismo padre y su celo por la conversion de las almas, le inspiraron tales y tan eficaces razones, que persuadido el padre provincial y sus consultores, á que era interrumpir la obra de Dios el sacarlo de misiones, le dieron permiso para volverse á sus amados serranos, cuasi sin haber respirado del camino cuando pasó á Cuteco, cinco leguas, segun el mismo padre al Norte de Jerocaví. En este pueblo habia ya estado otra vez, aunque sin haber bautizado sino muy pocos párvulos. Sabiendo ahora que en tiempo de su viage á México habian muchos taramares foragidos procurado amotinar las cristiandades vecinas, temió no se hubiesen resfriado los cutecos en sus antiguos deseos; tanto mas, cuanto sabia que muy cerca de sus rancherías tenia su estancia un gentil taramar, por nombre *Corosia*, hombre inquieto y aborrecedor del nombre cristiano, que incesantemente habia procurado destruirlo tanto en su pais como entre los conchos, chinipas, barohios, guazaparis y otras naciones confinantes. Los picachos en que habia siempre habitado despues de las últimas guerras con los españoles, eran el refugio de todos cuantos huian de bautizarse, ó de cuantos ya bautizados profanaban por su apostasía ó por sus perversas costumbres el sagrado carácter. Sin embargo de la vecindad de tan perverso huésped, los cutecos perseveraban en sus antiguos

deseos de recibir el bautismo, como efectivamente se bautizaron cincuenta dentro de pocos dias, y comenzaron, aunque muy lentamente, á trabajar en reducirse á forma de pueblo. De aquí pasó á la famosa quebrada ó barranca de *Hurich*, que en aquel idioma quiere decir tierra caliente. Desde ántes de su viage á México habia pensado en esta expedicion; pero ni pareció conveniente á los superiores por entónces, ni estaban tampoco de ese humor los indios, que ántes procuraban ocultarse, como lo hicieron al principio, ó imposibilitar la ejecucion, diciéndole que era un camino impenetrable, y donde solo podian bajar las aves con sus alas. Vuelto de México, y sabiendo que habia allí algunos cristianos enfermos, no pudo contenerse su celo sin intentar un descubrimiento que tanto le parecia mas importante, cuanto mayores dificultades se le apartaban.

Viéndolo tomarse resueltamente el Sto. Cristo, y el báculo y el sombrero, que solia ser todo el tren de sus caminos, el gobernador de Jerocaví se ofreció á acompañarlo, diciéndole que bien podia caminar á caballo las tres primeras leguas; que hartó tendria despues que andar á pié. Fué tal (dice el mismo venerable padre) el espanto al descubrir los despeñaderos, que luego pregunté al gobernador si era tiempo de apearme, y sin aguardar respuesta, no me apié sino me dejé caer de la parte opuesta al principio, sudando y temblando de horror todo el cuerpo, pues se abria á mano izquierda una profundidad que no se le veia fondo, y á la derecha unos paredones de piedra viva que subian línea recta; á la frente estaba la bajada de cuatro leguas por lo ménos, no cuesta á cuesta, sino violenta y empinada, y la vereda tan estrecha que á veces es menester caminar á saltos por no haber lugar intermedio en que fijar los pies. Desde lo alto se descubre toda la provincia de Sinaloa, y la gentilidad que queda en medio rodeada de las misiones cristianas de ella, y de la Taramara y Tepehuanes. La quebrada es muy amena, y mas caliente que Sinaloa. Pasa por ella un rio grande que es el brazo mayor de que se forma el Zuaque. Corre esta quebrada mas de veinte leguas, y como diez mas abajo de donde yo estaba: me dicen corre otro rio menor que se junta con este, y los dos con en el de Chinipas, forman el rio de Zuaque. Llegó y consoló el fervoroso padre á los cristianos enfermos, y bautizó en el mismo estado á dos gentiles. Los demas, á pesar de su grosería, no pudieron dejar de admirar tanta caridad, y parecieron quedar bien dispuestos para rendirse al Evangelio. No fué el menor fruto de esta jornada haber descubierto muchos

Entrada á la famosa sierra de Hurich.

crisianos fugitivos, que encantados de la dulzura y suavidad del padre se redujeron luego á sus pueblos creyendo que no habia lugar tan inaccesible ó tan oculto, que pudiese serlo á su fervor y á su celo. Halló que los tubaris tenian amedrentados á aquellos serranos, entrando frecuentemente á su pais, amenazándolos que jamás recibiesen padres ni se hiciesen cristianos, ó descubriesen la entrada á los españoles.

Motin de los tubaris y su é tito.

Acaso parecerá muy contraria y enteramente increíble esta conducta en los tubaris, á los que se acordaren de lo que dejamos escrito en otra parte acerca de la mansedumbre y humanidad de esta nacion, la amistad que habian conservado siempre con los españoles, y los deseos que habian manifestado cuasi desde los principios de la villa de Sinaloa de hacerse cristianos en tiempo del capitán *Diego Martínez de Hurdaide*. Pero ¡qué mudanzas no suele causar aun en los hombres mas racionales la memoria de un agravio! Hemos dicho como algunos años ántes el Illmo. Sr. D. Bartolomé de Escañuela habia intentado y aun llegado á poner un cura clérigo en la villa de Sinaloa, é impedir á los misioneros en muchas cosas el libre ejercicio de su ministerio. Por real provision, que dejamos arriba inserta, hubo de cesar aquel prelado en sus procedimientos; pero alguno de los ministros que habia puesto en distintas partes, ya que se vieron impedidos de administrar á los pueblos cristianos, y asentados, á lo ménos quisieron formarse feligreses de algunas gentilidades en que aun no habian entrado misioneros regulares, franciscanos ó jesuitas. Uno de estos quiso ser apóstol de los tubaris. Entró improvisamente por sus tierras con cinco ó seis españoles armados. Se mantuvo algunos pocos dias á costa de los indios él y sus compañeros. Bautizaba ó de grado ó por fuerza los párvulos que encontraba á los pechos de sus madres. Su celo por la reduccion de los adultos llegó á tanto, que no habiendo podido bautizar alguno, *amarró unós cuantos y los cargó de cadenas hasta que pidieron el bautismo*. Una conducta tan irregular y tan agena de lo que por muchos años habian visto aquellos gentiles en los lugares vecinos, irritó á la nacion: corrieron á las armas los unos, los otros huyeron á los montes, pasó la noticia á los taramaues y tepehuanes. El celoso clérigo hubo de salvarse por la fuga, y su imprudencia prendió un fuego que no pudo apagarse en muchos años, y en que estuvieron para perecer todas aquellas nuevas cristiandades. Esta fué la causa del desabrimiento de los tubaris y su aversion al cristianismo, que ojalá hubiera sido en los demas tan breve y pasagera como en ellos. A

la vuelta del padre Salvatierra á *Jerocavi* le siguieron mas de treinta de esta nacion que vinieron á instruirse y bautizarse. Continuaron despues visitándole muchos, otros emparentados con los guazaparis, y ofreciéndole la entrada á sus tierras. A poco tiempo quiso el padre abrir un camino de *Jerocavi* á *Vaca*, la primera mision de Sinaloa. Los tubaris, sin ser requeridos, le enviaron luego un cordel con cuarenta nudos, diciéndole que otros tantos hombres pondrian ellos á trabajar para escusarle ese cansancio cuando pasase por sus tierras. Estos felices indicios tenian al padre Juan María lleno de esperanzas de ver muy presto reducida á nuestra santa fé aquella nacion, como lo significa pidiendo licencia para aquella jornada al padre provincial en carta de 24 de octubre de 1684.

El referido descontento de los tubaris, aunque causa bien pequeña, fué principio de una grande revolucion en todo el resto de las misiones de Sonora y Taramara. A la voz de socorrerlos contra la violencia de aquellos pocos españoles con un pretesto racional, el cacique *Corosia* que no estaba muy lejos, y que por su génio feroz y revoltoso estaba siempre muy pronto para hacer guerra á los cristianos, comenzó desde luego á esparcir rumores sediciosos contra los españoles. Deciales que estos eran los que con tanta solemnidad habian jurado las paces pocos años ántes. Estos son los que no procuran sino nuestro bien, y de quienes sin embargo jamas tenemos seguras nuestras haciendas y nuestras vidas. Mirad si yo os aconsejaba bien que no dejáseis las armas de la mano hasta acabar con todos, y qué bien hice en no fiarme jamas de sus palabras cariñosas. De este cacique y sus parciales, que no eran pocos, pasó presto la voz á los conchos, de aquí á los tobosos, á los cabezas, y mas adentro ácia el Norte y el Oriente á los sumas, ó yumas, á los janos, á los chinanas y otras naciones mas remotas. Los taramaues y los conchos como enemigos de quien menos se podia desconfiar, recorrían los pueblos engrosando cada dia su partido con gran número de foragidos y mal contentos. Las demas naciones, que de auxiliares se habian hecho los principales autores de la rebelion, determinaron tener una junta general cerca de un grande edificio ó ruinas antiguas que hasta hoy llaman *Casasgrandes*, de que hemos hablado en otra parte. Allí se debia determinar de comun acuerdo el modo, lugar y tiempo de hacer la guerra, y se citaba para fines del mes de octubre con motivo de hacer las primeras hostilidades á la entrada del invierno, tiempo muy te-

Principios del alzamiento de Taramara.

002010